

Seminario de Silencio



La unción en Betania

Del Evangelio según Juan (12, 1-8)

Seis días antes de la fiesta judía de la Pascua, llegó Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Ofrecieron allí una cena en honor de Jesús. Marta servía la mesa y Lázaro era uno de los comensales. María se presentó con un frasco de perfume muy caro, casi medio litro de nardo puro, y ungió con él los pies de Jesús; después los secó con sus cabellos. La casa se llenó de aquel perfume tan exquisito. Judas Iscariote, uno de los discípulos -el que lo iba a traicionar-, protestó, diciendo:

-¿Por qué no se vendió este perfume en trescientos denarios para repartirlo entre los pobres?

Si dijo esto, no fue porque le importaran los pobres, sino porque era ladrón y, como tenía a su cargo la bolsa del dinero común, robaba de lo que echaban en ella.

Jesús le dijo:

-¡Déjala en paz! Esto que ha hecho anticipa el día de mi sepultura. Además, a los pobres los tenéis siempre con vosotros; a mí, en cambio, no siempre me tendréis.

A los pies del Maestro

Dos figuras se contraponen claramente en este texto: la de Judas, que calcula el costo del gesto que ha presenciado y que lo juzga de desperdicio, y la de María de Betania, quien se deja llevar por su arrebatado y derrocha a los pies de su Maestro un caro perfume. El primero representa la postura práctica y utilitarista ante la vida; la segunda, por el contrario, la actitud gratuita y desbordada. Judas, escandalizado por un acto que es incapaz de entender, está en el futuro (piensa en los supuestos pobres, o eso quiere hacer ver, a quienes todo el dinero que ese perfume cuesta podría aliviar). María, en cambio, se vuelca en el presente, olvidándose de la locura de su unción, casi desesperada, y del qué dirán los presentes, quienes sin duda la condenaron.

La meditación u oración contemplativa no es una práctica utilitaria, sino gratuita y amorosa; más aún, la mentalidad pragmática y calculadora que suele caracterizarnos la desvirtúa e invalida. En medio de su característica contención y formalidad externas, la meditación es interiormente un sereno desbordamiento. Meditar es olvidarse del futuro y entregarse, en esa locura que toda entrega desinteresada en el fondo es, al instante presente. Contemplar es reservar un espacio y un tiempo día a día para derramar lo que somos -nuestro tiempo, nuestro silencio, nuestra presencia- a los pies de un Maestro invisible.

Señor Jesús, tú eres el nardo precioso que propagó el perfume del Espíritu en el mundo cuando el frasco de tu cuerpo se rompió en tu pasión y muerte. Señor Jesús, tú sabes que nuestro frasco está a menudo lleno de tantas cosas que no eres Tú. Ayúdanos a comprender que es sobre todo en las horas de la prueba, cuando nuestro frasco se rompe, cuando tu perfume puede dar alivio y alegría a la Iglesia y al mundo. Enséñanos a cultivar en la meditación diaria la entrega rendida y desbordada, para que así pueda difundirse por todas partes, por nuestra humilde mediación, tu necesario y discreto perfume de Amor.

Judas o María. ¿Qué prima en tu vida: la actitud gratuita o la utilitarista?

¿Qué locuras de amor has cometido en estos últimos tiempos?

¿Alguna vez te sientes espiritual o religiosamente cohibido por el qué dirán?

¿Vives la meditación como una entrega y un sereno desbordamiento de lo que eres en ese espacio y tiempo que reservas para el silencio?

¿Pones tus pasiones a los pies de tu Maestro y te rompes ante Él dejando en sus manos, sin trampa ni cartón, lo que sencillamente eres?